

fernando santiván escritor sureño

Luis Merino Reyes

Luis Merino Reyes nació en Tokio, Japón, el 12 de febrero de 1912, estando su padre al servicio del Gobierno de Chile. Se educó en el Liceo Alemán de Santiago y en la Escuela Militar, graduándose de Subteniente de Ejército en 1930. Posteriormente, en 1933, se retiró de las Fuerzas Armadas, con el ánimo de entregarse totalmente a la literatura y al periodismo.

En 1936, aparece su primer libro de poemas "Islas de Música". Le siguen "Lenguaje del hombre", "Latitud", "Coloquio de los goces" "Romance de Balmaceda", "Aspera brisa", "Duermevela de amor", "Faena y canto", "Las voces obstinadas".

En prosa Luis Merino Reyes es autor de "Los egoístas", "Muro de cal", "El chiquillo blanco", "Murcila y otros cuentos", "Rumbo a Oceanía", "Última Llama", "Panorama de la Literatura Chilena", "La vida adulta", "Los feroces burgueses", "Matriarcado", "Perfil Humano de la Literatura chilena", "Las hadas y los diablos" y "El alba y su duelo".

Ha obtenido Premios Municipales en poesía y cuento, el Premio Zig-Zag por su novela "Regazo Amargo" y el Premio "ATENEA" de la Universidad de Concepción por su novela "Última llama".

En la vida cotidiana, Luis Merino Reyes ha sido periodista literario de "Las Últimas Noticias", "La Nación", de las revistas "ATENEA" y "OCCIDENTE", funcionario civil del Ministerio de Defensa Nacional.

Entre 1970 y 1972 se desempeñó como Presidente de la Sociedad de Escritores de Chile.

Fernando Santiván nació en Arauco el 1.^o de julio de 1886 y murió en Valdivia el 12 de julio de 1973. En 1886 nacen también Mariano Latorre, Pedro Prado, Max Jara, Antonio Acevedo Hernández y llega a Chile el poeta nicaragüense Rubén Darío. Es un año decisivo en la historia de nuestra cultura. También nace en la zona de Arauco nuestro vigoroso prosista, de renovado brío, Baldomero Lillo de cuyas sombrías estampas mineras no es posible prescindir cuando se visitan las actuales minas de Lota, provistas de rastillos para picar los muros de carbón y de corrientes de aires acondicionado en algunas de sus galerías. Con excepción de Pedro Prado que nace en Santiago, los demás escritores son gente sureña, de Linares al sur y tienen parientes en la solariega ciudad de Victoria donde pudiera decirse que comienza el extremo sur de Chile, con la humedad de sus frondas oscuras, con sus campesinos que beben chupilca y chicha de manzana y retornan por los caminos con paso irregular tomados por las haldas de sus mantas. Fernando Santiván, otra singularidad, no hace carrera docente ni administrativa, vive un poco a salto de mata y se matricula en la Escuela de Artes y Oficios hecho significativo de que busca el trabajo manual como posibilidad de su existencia, en tiempos en que se impone la literatura de élite, el bello Brummel de la época victoriana como ideal masculino y está vigente la afirmación de Alfredo de Vigny, símbolo de una idiosincrasia renunciante: “¡Qué me importa quién sea el cochero que guía mi coche!”. Santiván no es un socialista y eso es algo que tampoco puede exigírsele, es un hombre que cree en las razas y en la dicha de ser recibido por los señores. Citamos al azar de “Memorias de un tolstoyano”: “Valdés era otra cosa. Sensible, refinado por naturaleza, acaso por herencia. Quiero decir que Valdés, posiblemente, pertenecía a una familia de estirpe rancia. Nunca se los prejunté; pero su físico, sus costumbres y hasta su manera de pensar tenían puntos comunes con miembros de familias que lleva-

ban su mismo apellido o con otras que pertenecían a un determinado grupo social. Es natural que estas personas posean cualidades y defectos comunes. Así como árboles provenientes de un mismo vástago y crecidos en la misma región adquieran indiscutiblemente semejanza y pueden determinarse por sus rasgos externos, del mismo modo también podía apreciarse, aproximadamente, la calidad de espíritu de Rafael Valdés. Yo había tenido ocasión de conocer de cerca en mi infancia a los Valdés Cuevas, a los Valés Freire y otros, casi todos de rasgos parecidos: ojos clarísimos, de iris verde pálido, como cilíndricas gamas engastadas en cuenca generosamente abierta hacia el exterior; rostro de óvalo alargado. Pero, además, esas personas poseían bondad, sencillez de maneras, candor de alma, alegría y afectuosidad en el trato".

La infancia de Santiván transcurre en Arauco, Chillán y en Viña del Mar. Cuando lucha por subsistir en Santiago es recibido en su mansión por la escritora Iris, Inés Echeverría de Larraín, un caso también muy singular y complejo de periodista literaria, de espiritualista al estilo de Nikolai A. Berdyayev, místico ruso expulsado de su patria en 1922, fundador de una academia religiosa en París, y del desenfadado paganismo católico, propio de nuestro territorio. Obvio es decir que ante tal presencia, el joven Santiván es sacudido por el deslumbramiento.

El nombre civil de Santiván es Fernando Santibáñez Puga. Santibáñez con "v" corta que puede provenir de Sant Ivan, pero dejemos estas sutilezas a los genealogistas. Su padre es español, de las sierras de Santander y su madre pertenece a viejas familias de Chillán, de aquellas que sólo se reúnen entre parientes. Muerta su madre, prematuramente, Fernando debe conocer la hostilidad de una madrastra a quien su padre ama. Hombre alto, de mirada clara y recia contextura, la única vez en que lo vimos, allá por el año 1953, nos dió la impresión de un caballero alemán radicado entre nosotros, que hablaba en forma lenta y bondadosa, que trataba de buscarle el ajuste de la fraternidad a hombres y situaciones. En aquel año, Santiván, merecedor del Premio Nacional de Literatura en 1952, ya había ido a Europa, a Santander en España, solar de sus antepasados que lo consideró Hijo Ilustre, a un Congreso de Paz en Pekín y en Viena y a Yasnaia Poliana, la residencia campesina de Tolstoy, situada junto a un lago y un parque orquestado por los ruseños. León Tolstoy fue el profeta de un grupo de muchachos de hace más de setenta años que con Augusto D'Halmar, Santiván y el pintor Julio Ortíz de Zárate formaron la vanguardia de la famosa Colonia Tolstoyana Chilena que causaría comentarios extrañados y admirativos en algunas ciudades del mundo. Basados en el principio revolucionario de Tolstoy de que la tierra pertenece al hombre y que éste para comer debe cultivarla con sus manos, los colonos nacionales viajaron a Arauco y en seguida se radicaron en San Bernardo, en un predio

del poeta Manuel Magallanes Moure quien era a su vez Alcalde del pueblecito, situado a unos 18 kilómetros de la capital. Las experiencias agrícolas y humanas de estos tres artistas, que uncieron en el arado a unos toros de lidia y trazaron el surco antes de encontrar las aguas de riego, constituyen la médula de "Memorias de un tolstoyano".

El paso de la provincia a Santiago, el conocimiento de Augusto d'Halmar, la fundación de la Colonia Tolstoyana, su incorporación al periodismo y a un maganize que echaba a funcionar sus prensas, como la revista Zig-Zag, el establecimiento de la librería "Balzac", ubicada en la Alameda de Las Delicias frente al costado del cerro Santa Lucía, son hitos decisivos en la vida de Santiván. Habría sí que agregar algo más sobre su carácter: "Es un hombre muy violento —me susurró otro singular sureño, Luis Durand, dándome la impresión de que le tenía miedo—. "En menos de lo que canta un gallo se va a las manos. Pero conmigo no se ha atrevido nunca".

Cierta vez iba Santiván por la calle con el poeta Francisco Contreras, hombre de físico esmirriado, de larga permanencia en París, amigo de Rubén Darío, autor de la mejor biografía del poeta, cuya viuda francesa vive pobemente vendiendo ágatas en la vecindad del puerto de San Antonio. Al parecerle mal algo de lo que el poeta dijo, el enfoque de un tema literario tal vez, Santiván le dio un puñete y en seguida lo amparó en sus brazos, pidiéndole perdón. "Ese hombre, me confidenció Max Jara, otro escritor personaje venido de Yerbas Buenas de Linares, se puso rojo de ira porque yo lo llamaba Santibañez y no Santiván". Algo, al parecer, poco trascendente, pero que también perfila el carácter ensimismado, de rumiar poético, desdeñoso y polémico de Max Jara. Al presidir el poeta Carlos Prendez la Sociedad de Escritores, tuvo la idea de organizar almuerzos entre sus colegas amigos cuyos anfitriones habían pasado con ventaja la mayoría de edad literaria. Unos vecinos de mesa de aquel hotel céntrico en que se festejaban, dieron en reirse de los arrebatos discursivos de los escritores y la riña se produjo. No sobra decir que cuando los prosistas o poetas son de físico recio no tardan en pasar de las palabras a los hechos, de bajar de la frágil zona dominada por la inteligencia, al mundo bullente de los impulsos bárbaros. Santiván que tenía más de sesenta años, se levantó presuroso de su silla a propinar golpes. "Esta es vida", gritaba dichoso y por cierto que los impertinentes huyeron. Contamos estas cosas que nos muestran facetas de la personalidad de un hombre, con la certidumbre de evocar un tiempo ido, caracterizado por localizaciones clasistas más herméticas. Ser escritor no era como ahora estar integrado a la mayoría, era considerarse parte de una casta especial, dueña de otros fueros. Es posible que este sentido de la propia valla prevalezca en el fuero íntimo de algunos escritores, pero el dinamismo de la existencia hace todo distinto y los

escritores ya no se encuentran satisfechos de escribir para "élites", buscan ser leídos por multitudes de lectores, a pesar del ejemplo de Mallarmé y de otros genios aislados.

Santiván fue en ese sentido y a pesar de sus prejuicios propios de la época, un precursor. Buscó una educación manual ruda que a comienzos del siglo era destino obligado de gente de clase considerada inferior y mantuvo en su manera de retratar literalmente a sus personajes, una socarronería y aguda malicia de pueblo. Cuando acompaña a d'Halmar en las primeras andanzas de la Colonia Tolstoyana, lo hace llevado por la admiración del hombre recio hacia el artista puro, dueño aquél, a su vez, de una terrible, casi inhumana dureza volitiva. D'Halmar a quien conocimos en plena madurez, unos diez años antes de su muerte, estimaba que el escritor debía vivir sólo para su arte, que toda preocupación humana de otro orden lo perjudicaba. Entre esas preocupaciones estaba, por supuesto, la mujer y con ella todas las trampas que puede ofrecer la vida. Desde muy joven, d'Halmar varón de bella estampa y elegante atuendo, vivió como un abate de su arte histriónico y literario. Quien manda a Santiván y Julio Ortíz de Zárate, dos mocetones fuertes y hábiles, en las andanzas de la Colonia Tolstoyana, es D'Halmar. Ellos pueden tener más fuerza física, ser más diestros en la carpintería o en la mecánica, pero quien maneja los hilos invisibles de la aventura, quien se repliega a tiempo cuando la hazaña pierde sus contornos efectistas y espectaculares, haciéndose inestable y peligrosa, es D'Halmar. El líder se ha formado en un hogar de mujeres, bajo la voz dulce y la mano acariciadora de la abuela.

"Este rucio —habría manifestado Rafael Maluenda— está enamorado de Thomson, apellido materno de D'Halmar, hijo de un capitán de la Armada, de nombre familiar Goemine. Afirmación socarrona, muy propia de Maluenda, que no degenera la condición viril de Santiván, que justamente prueba la atracción de los caracteres contrarios en una edad propensa a las admiraciones violentas y a la creación de arquetipos dignos de imitarse. Mientras Santiván y Ortíz de Zárate, más dócil al amo el segundo, hurguean en la realidad sanchesca, sienten hambre y otras necesidades, los perturba la nostalgia de la mujer, d'Halmar escribe en su escritorio, cuartito principal de la casa, impregnado ya de su carácter. Un ejemplo de aquello está descrito con pelos y señales, casi en el instante de ser sorprendido Santiván infraganti, en un escareo amoroso, por el mismo D'Halmar. Fernando Santiván se casa en el curso de su larga vida con cuatro mujeres, lo que confirmaría la tesis del peruano José María Argüedas de que la vida del hombre es una posta de mujeres. La primera vez Santiván contrae matrimonio con Elena González Thomson (Lena), media hermana de D'Halmar. De este matrimonio nacen dos hijos de los cuales uno sobrevive. En 1917 se casa con la doctora Ernestina Pérez, una de las primeras médico-cirujanos del

país. Esta alianza de fines muy altruistas, dura sólo un año. En 1958, la autora teatral María Asunción Requena estrena "El camino más largo", inspirada en este fracasado matrimonio de una mujer profesional. En 1919 Santiván se casa con doña Rosa Uberlinda Parra, bella mujer a quien llama Heliana y con quien vive unido unos 20 años. Al parecer la falta de hijos, termina por separarlos. En 1943, Santiván contrae matrimonio con doña Carmen Cárcamo Sepúlveda, la abnegada compañera que le acompaña en su vejez y recoge su última mirada. De esta unión han nacido dos hijas: Regina y Rufina. "La noche" y "El día" como las llamaba el escritor cuando eran pequeñas, por ser una morena y la otra rubia.

Como en el caso de los grandes memorialistas, Santiván nos ha dejado el testimonio de su vida en libros directos que habrán de ser fundamentales para el estudio de la literatura chilena. "Confesiones de Enrique Samaniego", recuerdos literarios publicados en 1933, inicia esta serie, la sigue "Memorias de un tolstoyano", 1955 y en seguida "Confesiones de Santiván", 1958, que contiene trozos ampliados de ambos libros anteriores y trabajos literarios publicados en suplementos de diarios, frutos de la larga trayectoria periodística cumplida por Santiván. Estos tres libros fundamentales, los más leídos seguramente del autor, muestran mejor que toda su obra sus cualidades más sobresalientes, nos permiten asomarnos a su intimidad humana sin el artificio de la ficción literaria que no supera el desenfado autobiográfico y vivencial y que más bien parece retenerlo, ser un pretexto formal de su contenido riquísimo. Y tal vez convenga aclarar esta afirmación: "Ansia", novela, 1910, iniciada con una misteriosa dedicatoria, contiene amores juveniles del autor; "El crisol", 1913 y "Robles Blume y Cía.", la ruda experiencia de la Escuela de Artes y Oficios. "En el mismo período en que Santiván empieza a publicar en el diario "El Sur" de Concepción, las "Confesiones de Enrique Samaniego", escribe el crítico Ricardo A. Latchman, se improvisa agricultor, en el agreste rincón de Playa Linda, a las orillas del lago Villarrica. Allí lo encontré, en 1930 y en 1933, cuando residí muchos meses a su lado, entregado de lleno a cultivar la tierra, a reñir con toscos colonos y gente sin dios ni ley, pero a su vez ensayando una nueva carrera: la de profesor rural. Ahí pude pulsar, como nunca, toda la fuerza que se escondía en su carácter y la energía física que desplegaba en un medio duro y, a menudo, peligroso. Dos obras, de diversa dimensión cuajaron como consecuencia de su voluntad sólida y de su talento intuitivo. Ellas son: "Escuelas rurales" (1933) y "Charca en la selva" (1934).

La confidencia de Santiván en sus memorias y recuerdos carece de la deformación de la verdad de Rousseau, del esquematismo poético de Verlaine, en pugna con el prosaísmo de la realidad, de la técnica histriónica de Baroja. Los hechos cotidianos, vulga-

res de Santiván son narrados sin prisa, con una capacidad terca y cruel para sorprender al motivo que está en la mira de la observación, en mala postura, con los márgenes de humanidad que permiten retratar sin zaherir. Ahí están las presencias literarias de Alone, de Iris, de Maluenda, de Shade, de Pedro Prado y a nuestro gusto, la más entrañable de todas, la de Leonardo Pena (Ignacio Pérez Kallens), otro personaje victoriano de comienzos de siglo, para comprobarlo. Todo esto sin citar a D'Halmar personaje básico de las "Memorias de un tolstoyano", que habría sido, despojándolo de nombre civil y de la ubicación en el tiempo inmediato, uno de los mejores personajes novelescos de nuestra literatura. Entre sus obras de ficción, la que más prevalece es "El crisol", novela precursora de la mentalidad de nuestro tiempo, a pesar de su trama muy de fines de siglo XIX.

Pero antes sostengamos la alusión a Leonardo Pena que hicimos unas líneas más atrás. Escribe Santiván en "Confesiones de Santiván" (Santiago, 1958, pág. 132): "Hablabía de sus compañeros con bondad; con la bondad que podría poseer un personaje del Olimpo al referirse a los mortales. Maluenda es un excelente escritor —decía—. Por el físico y su literatura da muy bien la impresión de combatividad de la raza formada por mezcla de españoles e indígenas. Debe tener mucha sangre araucana. ¿verdad?... Posee la astucia estratégica de Lautaro. Es peligroso, como cualquiera de los bichos de estos campos: el zorro, el chinque, el puma. —Como lo interrumpiera con una carcajada, me miraba con asombro, como miraría un habitante de la luna a un pionero de este planeta. Y preguntaba: —¿Por qué se ríe?".

"El crisol" apareció formando parte de un ciclo que el autor intituló "La casa de hierro". Estamos ante el cultor de un criollismo doctrinario, con intención social y política, con influjos del naturalismo de Zola y del idealismo reivindicador de Tolstoy. Más que la vida estudiantil en la escuela de Artes y Oficios, tema conocido de esta novela entrañablemente chilena, su asunto concierne al ascenso social de un joven de origen campesino quien se enamora de una dama de alcurnia. El tema clásico de "La novela de un joven pobre" de Octavio Feuillet y de "Martín Rivas" de Blest Gana, que Santiván resuelve con la noble exaltación del trabajo manual y de las virtudes intrínsecas del pueblo. Es en este sentido, Santiván, un precursor de las tendencias cada vez más desprejuiciadas de la sociedad presente, de las primeras luchas estudiantiles en pugna con una tutela despiadada y torpe. El resto impregnado de la sentimentalidad y el prejuicio social de otros años, sin que por ello pueda desconocerse que la novela "El crisol" forma parte de nuestra joyería literaria, incorporada por el lector de 1973 a sus difíciles preferencias. Aparte de sus novelas "La hechizada", "La camará" (suceso de una mujer que debe convivir en rudo trabajo sólo con hombres en un ambiente sureño bello y húmedo en que abundan las aguas cristalinas y los

humanos andan sedientos de alcohol). "El mulato Riquelme" novela histórica, inspirada en la existencia del Libertador Bernardo O'Higgins, nacido de las entrañas de Rosa Riquelme, en Chillán, y "Bárbara", 1963, visión de la Frontera del siglo pasado y del nacimiento de Temuco, obra bien estructurada y enriquecida con una variedad de relatos. Santiván es autor de cuentos y novelas cortas inolvidables, a pesar de que a veces ha sido omitido por los antologistas excluyentes. Aludimos a "Palpitaciones de vida", 1910, "En la montaña", 1917 y a "El bosque emprende su marcha", 1946. Recordamos especialmente 'El tacho de on Bandera' y "La sangre del cordero", este último casi una paráfrasis de un cuento de Alfonso Daudet, sin que por ello carezca de fuerza y originalidad.

El carácter de Santiván a que ya hemos aludido, su reciedumbre y violencia, hace pensar en el misterio que lleva a hombres de esta índole a la literatura, cuando pudieran haber sido profesores de energía de cualquiera actividad práctica y lucrativa. Su carácter independiente que lo lleva a fundar una librería, con un crédito avalado en forma generosa por el historiador Gonzalo Bulnes, permite insistir por esta veta de conocimiento. Sin embargo, durante una larga vida, Santiván no cede nunca en su irreductible pasión literaria. En el liminar de su "ensayo de novela policial" así reza el subtítulo, "Braceando en la vida", publicado por Lectura Selecta en 1927, se afirma bajo las iniciales de R.L.: "Es un escritor macho, como alguien dijo de Camilo Lemonnier. Este es su mejor elogio donde comienzan a sustituír al hombre las mujeres de letras". Imaginemos que esta última afirmación se hiciera hoy día, en tiempos de nivelación hogareña y sexual. Pero eran otros años, entonces don Valentín Brandau leyó un ensayo en "El Ateneo", sobre la nulidad absoluta de la mujer, sin que le pasara nada.

Santiván, profundo conocedor de la naturaleza femenina, es de esos hombres vitales que afrontan plenamente la vida y que se salvan de ser héroes trágicos gracias a la contemplación literaria. Su existencia visible se traduce en sus actos y la cara oculta, misterios de su ser, se encuentra entera en su prosa, con la misma sinceridad de aquellos notables apasionados que nos dejaron testimonios imposibles de encontrar en la percepción de sus contemporáneos. En ese plano de su conocimiento, me sitúo con este breve estudio; nunca crucé palabra con Santiván y cuando llegó a sus manos una de mis novelas, la criticó acerbamente, guiado por el pulcro sentido que él tenía de la narración novelística y de la ficción con que debía engañarse al lector. Pero aquello no empequeñece mi juicio ni mi entusiasmo por su literatura en sí. Santiván murió en el cargo de Secretario de la Universidad Austral de Valdivia donde se le dió, al parecer, la culta admiración que merecía. Contaba 87 años de edad; al cumplir 41 y creer morirse, inició las páginas clásicas de sus Memorias de

un tolstoyano". El hecho de su muerte no constituyó una noticia eclipsante en el medio apresurado y violento en que vivimos. Por su interés documental, reproducimos una carta fechada en Valdivia el 20 de abril de 1970 a su más acuciosa biógrafa, Helene Tzitsikas, autora del estudio "Fernando Santiván, humanista y literato". En esta carta dice: "No puedo salir del asombro al pensar en la idea que te has formado de mí y en el respeto que me demuestras. ¡Sí sólo soy un pobre hombre hambriento de ternura y comprensión! Quizás en un tiempo fui combativo y quizás arrogante con aquellos que me desconocieron en mi calidad de ser humano y procuraron arrastrarme por el fango. Pero ahora, ¡ni eso! Sinceramente humilde, colocado de favor en mundos inmensurables, en los que somos menos que microscópicos insectos a punto de ser triturados por un desconocido pie colosal! Y, sin embargo, inmortales como partículas infinitesimales de Dios". Es el fin de los hombres y del universo sensible que, por fortuna, llevamos dentro.

